



L. B. JOHNSON

Por **ROBERT SHERRILL**

NO ES COSA DE BROMA, MUCHACHO, SE TRATA DEL PETRÓLEO

Publicamos hoy otro de los capítulos fundamentales del "best-seller" americano "El Presidente accidental". Libro que aparecerá en breve en "Edición de materiales". Barcelona. En el anterior, Robert Sherrill hacía una valoración inicial del político Lyndon B. Johnson, describía su personalidad, los primeros pasos de su carrera política, su etapa precongresista. En el presente analiza el autor los ligámenes de Johnson con los magnates de la industria petrolera, su actuación durante la época maccarthysta y sus oportunistas intervenciones en el Senado. En definitiva, cómo Johnson llegó a conseguir una reputación senatorial basada más en ciertos episodios accidentales que en una línea política coherente.

Joe McCarthy tenía genio, poseía valor, era audaz... Existía en él una calidad que imponía respeto, incluso simpatía, hasta a sus mismos adversarios.

Elogio de L. B. J. al «camarada caído», en 1957.

NO trato aquí de elaborar la teoría de que hubo una conspiración antes del asesinato. Pero resulta algo evidente que el petróleo ha salpicado literalmente la conciencia de Johnson —a pesar de que algunos, últimamente, tratan de evadir el tema, porque creen que asociar el nombre de Johnson con el petróleo es levantar injustas sospechas sobre el papel que desempeñó, tanto él como los magnates de dicha industria, en la liquidación de Kennedy— y que, además, le son inherentes todas las condiciones necesarias como para haber asimilado sin dificultad todas las presiones que han acabado marcándole con un sello netamente derechista, al igual que ocurre con buena parte de la población de Texas.

A los que han teorizado sobre la conspiración, aunque casi todos ellos se encontraban lejos del escenario en el que Kennedy fue asesinado, les comenzó a invadir un profundo hedor de desconocida procedencia. Al poco tiempo se dieron cuenta que aquello olía a petróleo. Cada uno de estos teóricos, auténticos y vigorosos detectives amateurs, empezó por explicar, en primer lugar, el motivo del asesinato. ¿Qué político de Texas se iba a beneficiar mayoritariamente con el magnicidio y, al mismo tiempo, ser capaz de remover cielo y tierra con tal de poder servir los intereses de las compañías petrolíferas más importantes? Era una idea que repugnaba, pero ya estaba en marcha. Thomas G. Buchanan, autor del libro «¿Quién mató a Kennedy?» (un resumen del cual publicó TRIUNFO en su día), que parece ser la obra más popularizada en Europa sobre este asunto, carga rotundamente, sin disfraces, la responsabilidad del suceso a los multimillonarios del petróleo, a los que no satisfacía en absoluto la filosofía fiscal de Kennedy, pero que apoyaban con todas sus fuerzas la de Johnson. Indirectamente, unos pocos periodistas de este país comenzaron una campaña en el mismo sentido, campaña de la que el público no tardó en recoger sus increíbles conclusiones y pasar a fomentarla, no siempre sigilosamente.

Las sospechas se desarrollaban más suavemente debido a la constatación de que las oficinas de H. L. Hunt, en el séptimo piso del Mercantile Bank Building (edificio del Banco Mercantil), se encontraban solamente a unas diez manzanas de distancia del escenario del asesinato. Mas nadie que estuviera en sus cabales sugirió que Hunt apretara realmente el gatillo. Pero sí emanó la idea de que todo lo que es posible de ser comprado se encuentra al alcance del ciudadano más rico del país y, al mismo tiempo, el más poderoso de los propa-

gandistas y protectores de la extrema derecha nacional. El programa radiofónico patrocinado por Hunt con el título *Estilo de vida* —programa también patrocinado, además de serlo por las compañías que controla el multimillonario, por la Gulf Oil, Sun Oil, Standard Oil, Standard Oil of Indiana, Ohio Oil Company, y otras cuantas compañías industriales no petrolíferas— se había ido impregnando in crescendo, en los últimos tiempos, de un profundo sentimiento anti-Kennedy. Llegó a advertir a los oyentes de las 331 emisoras que controlaba la red, que la administración tiránica de Kennedy estaba boicoteando las legislaciones emanadas del Congreso siguiendo una línea de conducta ordenada por Moscú, reprimiendo a los principales portavoces de la libertad y obligando a los contribuyentes norteamericanos a subvencionar al comunismo en todo el mundo.

Tres días antes de realizarse los disparos, *Estilo de vida* había alentado a sus oyentes a que mostraran ante el Presidente su «extremo patriotismo». Posteriormente, la misma mañana del crimen, *Estilo de vida* anunció a sus oyentes que muy pronto sería demasiado tarde para cambiar las cosas: si Kennedy triunfaba en sus empeños por comunizar al país, «nos encontraremos con que no se permitirá a la gente la posesión de armas de fuego, para que no puedan tener medio alguno de alzarse y combatir contra sus opresores».

Fue una cruel coincidencia.

Uno de los comentaristas de aquel programa, al enterarse de la muerte de Kennedy, afirmó entre sollozos que él no tenía nada que ver con el asesinato. La propaganda mechacona de aquella red de emisoras radiofónicas, unido al hecho de que uno de los hijos de Hunt contribuyese al pago de un anuncio publicado en el *Dallas Morning News* en el que se recordaba que Kennedy era un traidor, acabó por excitar las pasiones, incendiándolas de tal modo, que los jefes de la policía de Dallas aconsejaron a Hunt que saliera de la ciudad y permaneciera escondido durante algunos días.

¿Era justo relacionar a Lyndon Johnson con H. L. Hunt? Bueno, pues en cierto sentido, sí. Booth Mooney, que fue colaborador de Johnson durante media docena de años, había estado escribiendo guiones para el programa de Hunt, naturalmente con el asentimiento de Johnson. Además, antes de que Mooney formara parte de la nómina de Hunt de una manera directa se le tenía ya como un probable colaborador. En una carta dirigida en 1959 a Wayne Poucher, el más importante de los comentaristas de *Estilo de vida*, Hunt le sugería la idea de organizar una campaña en los periódicos de todo el país; en esta misma carta aconsejaba: «Booth Mooney nos podría ser de gran utilidad para idear otras formas de lucha».

Pero existían otros lazos más conocidos entre Hunt y Johnson. Hunt, que anteriormente había respaldado la nominación del general Mac Arthur para la

Presidencia y la candidatura del general Edwin Walker para el cargo de gobernador de Texas, alentó al máximo la nominación de Johnson en 1960. Kennedy había llegado a batir todos los records: había patrocinado la redacción de un boletín de información pública en el que figuraban las cifras de los beneficios que las compañías petrolíferas debían obtener, junto a las que delataban los que, en realidad, obtenían y dejaban de declarar. Estas informaciones solamente podían redundar en una disminución de tales beneficios. Debía detenerse a Kennedy como fuera. Hunt se gastó 10.000 dólares para imprimir el sermón de un ministro de la Iglesia baptista en el que se proclamaba que «la elección de un Presidente católico significaría el fin de la libertad religiosa en Norteamérica». Hizo enviar 200.000 ejemplares por correo con el convencimiento de que ello promovería una ola de indignación en los medios protestantes de todo el país que acabaría por barrer a Kennedy del camino presidencial. Lo único que consiguió fue crear un corriente de humorismo entre los escritores y adictos de toda la nación. El Senado de los Estados Unidos, basándose en la existencia de una ley federal que prohíbe la distribución de circulares políticas anónimas una vez se ha iniciado oficialmente la campaña electoral, comenzó una investigación. Hunt se asustó y desapareció por una temporada. Luego, cuando el Senado llegó a la conclusión de que los panfletos habían sido redactados antes de la apertura formal de la campaña electoral, Hunt emergió tímidamente para disculparse afirmando que lo había hecho «con el único propósito de ayudar a Lyndon».

Tanto el panfleto como las posteriores declaraciones de Hunt le hicieron a Johnson más daño que bien, en la campaña de 1960. Pero éste es el modo habitual que emplea Hunt en sus apoyos políticos. El fiscal general de Texas, Crawford Martin, dijo en 1963 que Hunt había hecho, desde el punto de vista financiero, más que «cualquier otro hombre» para modelar a los políticos contemporáneos del Estado. Martin se sentía embargado por el mito Hunt. La realidad concreta es que el viejo multimillonario es un tacaño que, para apoyar a alguien, rara vez donaba más de 250 ó 500 dólares, aunque fuera para un candidato. Pero es un parlanchín. Un par de semanas después del crimen, Hunt, deprimido y temeroso por la idea de que la gente pudiera acusarle del asesinato, señaló la banderita que tenía encima de su mesa de despacho (izada a media asta) y, a continuación, mostrando con un gesto el exterior de sus oficinas en dirección a otros edificios de Dallas, dijo: «Si la Constitución de Estados Unidos puede incitar al asesinato, entonces sí es posible que Estilo de vida haya contribuido a ello». Terminada esta perorata, explicó lo feliz que se sentía con que Johnson fuese el Presidente. Mr. Martin me aseguró que él —Hunt— había jugado un papel determinante en la convención nacional del Partido demócrata para que le fuera concedida a Johnson la candidatura vicepresidencial. Hunt se lamentó diciendo que ahora sentía terriblemente el haber sido, «solo y sin ayuda de nadie, por teléfono, por carta y en actuaciones personales», el responsable de la ratificación de la Enmien-

da 22 —que señala la imposibilidad de un tercer mandato presidencial consecutivo—, porque ello impedía que Johnson pudiera ostentar el cargo durante más tiempo. «Johnson —me dijo, gesticulando sus hinchadas y rosáceas mejillas que ardían bajo los efectos de una suave luz— es la clase de Presidente capaz de conocer las intenciones del Congreso con la sola fuerza de su olfato. No me importaría verlo allí durante tres períodos».

Este conjunto de detalles demuestran que Hunt —que decía no tener nada que ver con la ascensión de Johnson a la Presidencia, si exceptuamos la labor desorientadora del programa *Estilo de vida* y su actuación cuando aquél no era Presidente, para que la legislatura del Estado de Texas ratificara la Enmienda 22— es el más poderoso de los magnates del petróleo a escala universal. En cuestiones petrolíferas puede ser un genio o un jugador de póker con suerte, pero en materia política no pasa de ser un inepto soñador. Johnson debiera permanecer aislado de gentes de esta clase.

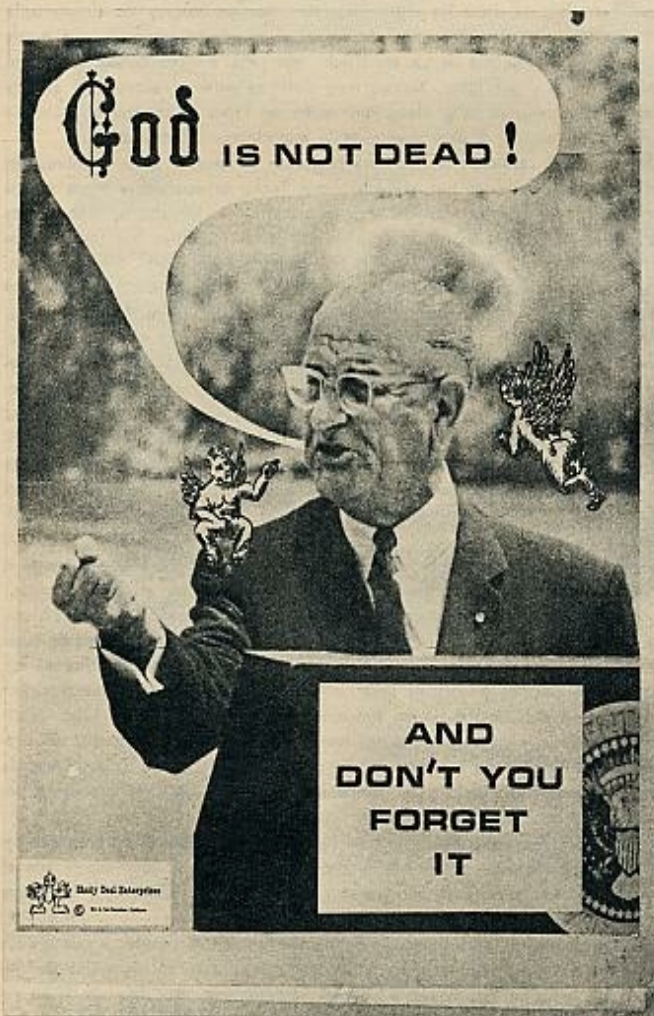
Si eliminamos al angelical H. L. H. —Haroldson L. Hunt— de nuestras sospechas, cosa que podemos hacer en un intento de ser más imparciales en el estudio de los lazos que unen a Johnson con las fuerzas del petróleo, que influyen no solamente en Texas, sino en toda la política nacional, resulta evidente que nos será más tortuoso el camino para llegar a conclusiones, pero es tarea que pueda realizarse.

Todo político que desee saborear las mieles del éxito en Texas debe, indistintamente, arrodillarse ante la torre de perforación, dejando de lado los sentimientos que pueda albergar respecto a esa industria. Pero con Johnson la ceremonia resulta sencilla: no va más allá de un simple ritual político-religioso. Siempre lo ha sido. Visto desde el exterior, parece que a Johnson le vengan únicamente los apoyos de las compañías petrolíferas; como si no existieran otros tipos de industrias. También hay personalidades, como, por ejemplo, Jim Ling, de la *Ling-Temco-Vought*, un orondo colaborador del Club Presidencial y del lugarteniente de Johnson, el gobernador John Connally, y Erik Jonsson, de la *Texas Instruments*, que es un nordista y, nominalmente, un republicano, pero que, a pesar de todo, apoya a Lyndon con toda la fuerza de sus organizaciones comerciales de Dallas. Y no hablemos de los generosos sujetos que presiden los destinos de las compañías aseguradoras y los bancos. Todos estos duendes, perdidos en los laberintos directivos de la jungla de sociedades anónimas, son los que más recientemente han aprendido a idolatrar a Johnson. Durante estos últimos años, Johnson no se ha preocupado en encontrar ya más apoyos de aquellos hombres enriquecidos enormemente con los contratos cedidos por el Gobierno, lo que constituye una bella sutileza del hombre que está en el Poder; pero en los primeros y posteriores años de su carrera, su influencia era comprada por aquellos hombres que hacían sus fortunas rascando los recursos naturales del Estado o por medio de otras criminales empresas. De entre todos, los que han permanecido desde más antiguo en estrecha conexión con él son contratistas tipo los hermanos Brown, de Houston, y H. B. Zachary, de San Antonio, y, principalmente, los hombres del petróleo: John Mecom, Wesley West, Leonard McCollum, de Conoco; Gardner Symons, de Tenneco, y los Muchisons, y, desde luego, sin perderle de vista, el advenedizo Sid Richardson. Estos son su clase de hombres y, al mismo tiempo, él es la clase de hombre que ellos prefieren. Entre ellos hay una camaradería muy acusada, pero que no ha dado precisamente lugar a los ejemplos más brillantes del buen arte de gobernar.

En la hora que siguió a su regreso a Washington, después de prestar juramento en Dallas, Johnson —según *The New York Times*— estuvo hablando por teléfono con su antiguo confidente Robert Anderson, que estaba en Nueva York. Le solicitó que se trasladara a Washington. Anderson, otro de los eslabones de la cadena que une a Johnson con la hermandad de los caballeros del petróleo, es un hombre que siempre está dispuesto a responder a las llamadas del terruño. Johnson y él conversaron aquel domingo por espacio de varias horas y *The New York Times* anotó que la conferencia fue reanudada al día siguiente. Aquella consulta podríamos afirmar que todavía continúa. Pero, por alguna extraña razón, las relaciones Johnson-Anderson se engarzan como si se tratara de algo clandestino. Al final de uno de los comentarios de Walter Winchell, a principios de 1964, que comenzaba hablando del «alto secreto» de Eartha Kitt y de un «alegre alboroto» frente a la Embajada de Pakistán, venía la siguiente revelación: «El ex jefe del Tesoro de Ike —Robert Anderson— es hoy el consejero número 1 de L. B. J. en los asuntos financieros». Lo único sorprendente de este fragmento es que Winchell lo consideraba una noticia tan importante como para camuflarlo entre las líneas de su artículo. Pero tanto la poderosa influencia de Anderson sobre Lyndon Johnson, como la dirección que el mismo Anderson imprimió a la política financiera de la Administración de Johnson, eran cosas conocidas y presumibles desde un buen principio. Han sido aliados íntimos durante los últimos treinta años de la historia política de Texas y de Washington. Ambos tenían una especial conjunción de puntos de vista en lo referente a los asuntos petrolíferos. Pero el programa de ambos se vio interceptado en un instante de sus carreras: sin que el asunto llegara a ser del general conocimiento público, lograron evitar esa crisis de un modo efectivo cuando Kennedy desapareció.

La primera piedra de este programa se puso, en realidad, hace más de un cuarto de siglo. Fue en un tren de pasajeros que esparcía su traqueteo a través de la noche. Existen varias versiones de lo que aconteció aquella noche, pero una de ellas lo explica así: el millonario del petróleo Sid Richardson y el hijo del Presidente Roosevelt, Elliot, que iban en compañía de Bill Kittrell, un protegido de Sam Rayburn y hombre muy conocido en Texas, se hacían mutua compañía en uno de sus viajes a Washington, pero como la conversación comenzaba a decaer, Richardson envió a Kittrell al coche-bar para buscar a alguien que completara el número necesario de jugadores para echar unas manos de bridge. Kittrell regresó rápidamente con un joven coronel, un individuo de aspecto sincero que respondía al nombre de Dwight Eisenhower.

En este viaje se inició una fuerte amistad entre Eisenhower y Richardson; inmediatamente después de finalizada la guerra, cuando Eisenhower fue criticado duramente, Richardson, su petrolífero amigo, se presentó en París para



Un «poster» que puede adquirirse en cualquier lugar de los Estados Unidos.

decirle que si alguna vez decidía meterse en política, podía contar con una buena parte de su dinero.

Exactamente se ha dicho que Richardson se mostró en aquella ocasión más generoso que nunca y que su insinuación fue demasiado temeraria, pero, por lo visto, posteriormente parece ser que Eisenhower se sintió modestamente agradecido. Cuando, luego, Richardson y otros magnates del petróleo le recomendaron a Robert Anderson, Eisenhower le nombró secretario de Marina. La importancia de este hecho resulta, para los hombres del petróleo, casi cómica de comentar. Anderson, residente en Fort Worth, rodeado de tierra por todas partes, no sabía absolutamente nada sobre asuntos marímeros antes de tomar el cargo, pero no tiene ninguna importancia: todo lo que necesitaba saber es que Texas es el primer Estado productor de petróleo del país y la Marina el máximo de los consumidores, así como la arrendataria de valiosas tierras susceptibles de provocar el interés de las firmas petrolíferas. A partir de esta relación productor-consumidor, las cosas se desarrollaron de modo natural: esto fue lo que permitió más tarde que John Connally —que había estado sirviendo durante varios años, impulsado por los buenos oficios de su protector Lyndon Johnson, como apoderado de Sid Richardson— y Fred Korth, residentes también en Fort Worth, fueran funcionarios tan capaces al servicio de la Marina como a los intereses de Texas les conviniera. Pero esto, quizá, queda ya fuera de las consideraciones de este libro.

Anderson es un hombre muy inteligente y sumamente religioso. Muchas veces coloca sobre la mesa de su despacho una estampa con la efigie de Jesucristo. El escándalo todavía no ha anegado su apellido. Años atrás formó parte de la junta de carreras de caballos de Texas y allí empezó a fomentar la amistad con una de las familias amantes de los caballos más acaudaladas de Texas; después dejó este cargo y fue encargado de la administración de más de medio millón de acres de terrenos petrolíferos. Fue en este reducto, especialmente estratégico, en donde llegó a hacer amistad con todos los magnates del petróleo de Texas. Como presidente de la **Texas Mid-Continent Oil & Gas Association**, se convirtió en uno de los promotores más elocuentes en aras del fomento de los reajustes fiscales relativos a esa industria, influyendo en el descuento de las tasas por agotamiento de los pozos petrolíferos.

Uno de los amigos más íntimos de Anderson era el fortworthiano Sid Richardson, el cual contaba su fortuna por cientos de millones de dólares. Ambos llegaron a un acuerdo: sería muy interesante tener a un tejano de la lucidez de Anderson en el equipo de Ike. Y así fue.

Después de que Anderson hubo desempeñado el cargo de secretario de la Marina durante algún tiempo y, a continuación, el de ayudante del secretario de Defensa, se retiró, a finales de 1955, para reintegrarse a los negocios privados, abandonando el regazo de Ike con la seguridad por parte de éste de que cosas mejores le aguardaban todavía en el campo de la política. Eisenhower sabía lo que decía. Las «cosas mejores» fueron aclaradas en una conversación con Richardson en la que Ike insinuó que Anderson sería un compañero más agradable que Nixon para las elecciones de 1956. Para que Ike no olvidase esta promesa, Richardson se fue, un par de días antes de Navidad, a Washington con su «DC-3» abarrotado de codornices, patos y filetes de ternera para el Presidente. Volvieron a coincidir en que Anderson sería un excelente compañero de Ike en la candidatura del año próximo.

En esta entrevista se pudo hablar mucho más concretamente sobre las cosas que había que arreglar con Anderson, el cual en la primera ocasión que le insinaron la proposición se dirigió a Richardson manifestándole que aceptaría con la única condición de que le diesen un millón de dólares: ya estaba harto de los raquíticos salarios federales. En estas circunstancias, Richardson preparó la recaudación de un millón de dólares en una combinación petrolífera que englobaba varias compañías. Desafortunadamente para sus ambiciosos planes, los políticos profesionales decidieron a última hora mantener a Nixon en la candidatura. La caída de Anderson no pareció haber sido útil a nadie, salvo a él mismo, que no había intervenido directamente en la intriga.


¿O podía quizá ser todavía útil?

Eisenhower, a instancias de Richardson y de Lyndon Johnson, lo destinó a la oficina de la Secretaría del Tesoro, y el 21 de junio, diez días después de venderse la propiedad petrolífera que le había sido regalada, Anderson quedó en absoluta libertad para declarar su transparencia y afirmar, ante el Comité de Finanzas del Senado, que no poseía propiedad alguna que pudiera representar un impedimento para ingresar en el Gabinete, puesto que ello no les es posible a los que tienen intereses personales.

A las pocas semanas, Anderson fue designado para presidir el comité que «estudiaría» la situación de las importaciones petrolíferas; a partir de este estudio se introdujo el programa, que todavía está en vigor, que beneficiaba exclusivamente a las compañías petrolíferas, principalmente las que constituían el grupo de los grandes gigantes internacionales del oro negro. El beneficio anual obtenido por este estudio equivalía a un billón de dólares anuales.

A pesar de que la **Standard** de Indiana, una de las compañías involucradas en el asunto del millón de dólares que Anderson llevaba entre manos, sacó un partido tan fabuloso del nuevo programa de importaciones que le llevó a ser, de una compañía media sin propiedades en el exterior, una de las más poderosas entre las que realizaban sondeos en ultramar; pues a pesar de ello, nadie vio nada ilegal en aquel conjunto de mutuos favores. A Anderson no podía achacársele más que poseer una refinada intuición.

No se consideraba solamente a Anderson responsable de la fórmula seguida para establecer el nuevo programa de importaciones petrolíferas; en absoluto.



Sus correligionarios le envían fotos de sus hijos que se llaman igual que él. Todos esos niños son Lyndon.

Los enterados de la industria creían —y sus creencias eran publicadas en las revistas industriales— que Lyndon Johnson había ejercido, por lo menos, tanta influencia como él en la configuración de aquel programa petrolífero, y que su aliado en todos los asuntos relacionados con la industria petrolera era el flamante senador por Oklahoma, Robert Kerr. Kerr, propietario de la **Kerr-McGee Oil Company**, trabajaba muy bien en aquellos menesteres relacionados con el enfoque sobre los asuntos del petróleo, pero sus puntos de vista resultaban a menudo demasiado heterodoxos: «¡Demonios —dijo en cierta ocasión—, si todos nos abstuviéramos siempre por motivos de interés personal, dudo que jamás se pudiera obtener un quorum decente en el Senado de los Estados Unidos».

(La lucha por planificar los términos del programa sobre la importación quedó establecida entre los multimillonarios, por un lado, y los simplemente millonarios, por otro. Este tipo de lucha no es, desde luego, la que puede atraer más la atención de un asalariado, que sabe que los beneficios obtenidos por unos y por otros, aunque muy distintos entre sí, escapan al alcance de cualquier persona de su clase. Pero quien sea capaz de analizar el problema en su profundidad, se dará cuenta de la importancia del mismo.)

Aunque el resultado de la lucha perjudicó seriamente a los hombres del petróleo independientes que pululaban por Texas, especialmente a los menos poderosos, era lo más fácil del mundo encontrar a Johnson al lado de las grandes compañías y en contra de aquéllas. Es un ventajista que siempre juega al lado del más fuerte. El aspecto más importante que debe tenerse presente, desde una postura de mero espectador, es que el coste del petróleo importado, desde el lugar de procedencia a la bomba de suministro, debiera costar de 1,25 a 1,50 dólares más barato por bidón. Pero usted y yo no pagamos menos cuando adquirimos nuestros combustibles. Esa diferencia que debería ser rebajada al público es el resultado del programa sobre importaciones, pero va a parar íntegramente al bolsillo del importador para engrosar sus inmensos beneficios. Es como un filón. La importación de petróleo asciende a cerca de 2,5 millones de bidones diarios. Esto es: noventa millones de dólares anuales. El beneficio anual para los importadores —no para los consumidores— queda situado entre un billón y un billón y medio de dólares.

Usted pensará seguramente que debe existir una fórmula que permita al contribuyente medio beneficiarse de tan pingües negocios en alguna forma; por ejemplo, con un descenso de los precios. Sí, existe alguna forma. En realidad ya fue propuesta en 1958, en el momento que el actual sistema de cupo sustituyó al anterior. Este estipulaba que el Departamento del Interior se encargara de calcular en primer lugar qué cantidad de petróleo había que permitir que fuera importada; en función de ese cálculo se fijarían los cupos para que las ofertas fueran competitivas y determinarían un descenso del precio público al tiempo que beneficiaba también las arcas del Tesoro. Además de estos beneficios, daría a las compañías petrolíferas del país, grandes o pequeñas, su beneficio proporcional correspondiente.

Johnson, Anderson y Kerr se pusieron manos a la obra y lograron persuadir al Congreso para que dejara la decisión final del asunto —seguir con el antiguo sistema o adoptar uno nuevo— en manos del Presidente —y de sus consejeros— para que él determinase.

A principios del año siguiente, Eisenhower impuso el programa que a ellos más les convenía. Bajo esta fórmula, que todavía está en vigor, las compañías que importan petróleo se encargan, naturalmente, ellas mismas de su refinado —un requisito que deja fuera de combate a todas las demás compañías que no forman parte del grupo de las ciento cincuenta mayores y fo-

menta el desarrollo de las más potentes, porque, además, sus cupos de importación van ligados al valor total de la producción doméstica de una manera proporcional y a la cantidad global del refinado doméstico que realizan— y las compañías poderosas son cada vez más poderosas. Veinte de las compañías petrolíferas gigantes importan el 85 % del petróleo del exterior.

Nunca existió evidencia alguna de que Johnson se beneficiase personalmente del nuevo programa establecido con su ayuda. Pero se presentaban dificultades. Las compañías más pequeñas, tradicionalmente despreciadas por sus mayores, se estaban arruinando con la competencia del petróleo importado. Mientras los grandes clanes petrolíferos prosperaban como nunca lo habían hecho anteriormente, las menores iban quedando paulatinamente al margen del mercado. Durante los primeros años del nuevo programa importador, miles de pozos fueron cerrados en el país, miles de trabajadores de los campos petrolíferos fueron despedidos de sus trabajos.

Quizá lo dijo como propaganda en uno de sus muchos discursos electorales, o quizá porque estaba realmente compenetrado con el problema, da lo mismo, el caso es que Kennedy incidió varias veces en el problema durante la campaña de 1960. Dijo cosas que los hombres del petróleo independientes hacia ya tiempo que deseaban oír. Fue en Wichita donde comentó: «Aquí, en esta vieja comunidad, Sam Gray, vendedor de zapatos, entre 1955 y 1960 vendió una media de sesenta pares de botas de seguridad para obreros de la industria petrolífera por mes. ¿Saben cuántas vendió el mes pasado? Dos. Ocho días es la duración media de un pozo petrolífero en el Estado de Texas. Hace veinte años era de veinte días».

En 1962, el Presidente Kennedy estaba realizando algo que las compañías petrolíferas, principalmente las grandes, debían observar con inquietud. Intuyendo lo que parecía anunciar inminentes reformas. El 12 de julio de 1962, un funcionario del Departamento del Tesoro reconoció: «No es ningún secreto el hecho de que estamos recogiendo datos financieros sobre los porcentajes de agotamiento en las bolsas del gas natural y del petróleo; es un asunto que va ligado a una próxima reforma de impuestos». Esto significaba que el 27,5 % de descuento por agotamiento, la más importante reliquia del sectarismo gubernamental, podía ser reducido o simplemente suprimido. En mayo de 1963, el fiscal general, Robert Kennedy, dijo clara y abiertamente: «Existe una evidente tendencia a la concentración de la industria petrolífera en pocas manos». Inmediatamente añadió que era necesaria una investigación anti-trust. Un comité para el estudio de los problemas de la industria petrolífera a nivel de Gabinete, después de conocer las peligrosas implicaciones económicas que estaba originando el programa de importación petrolífera en vigor, sugirió una serie de cambios radicales que, en los medios interesados, creó la impresión de que serían puestos en vigor a partir del 1 de enero de 1964. Para entonces, efectivamente, estaba previsto el inicio de un importante reajuste en las cuotas de importación.

Mientras tanto, en Texas, políticos de escasa categoría que representaban a los hombres del petróleo independientes, que se hallaban en difícil situación, se preocupaban por realizar un esfuerzo póstumo para defender sus intereses, independientemente de Kennedy. El senador Charles Herring, uno de los tres senadores tejanos que habían asistido al Congreso mundial del petróleo de 1963, escribió, al regresar, un violento informe en el que exponía las graves dificultades en que se encontraban los hombres del petróleo independientes, al intentar competir con los gigantes internacionales que controlaban el programa de importaciones. Era un informe de treinta y seis páginas en el que se detallaban minuciosamente todos los puntos: la forma como se puso en marcha aquel mecanismo, quién se estaba haciendo con el control absolu-

Johnson entregando el premio Fermi a Robert Oppenheimer. Una rehabilitación. Con este acto el Presidente quiso imitar la línea intelectual de Kennedy.



EL PRESIDENTE ACCIDENTAL



to del programa, quiénes quedaban fuera del festín, etc. Herring y otros representantes de los independientes de la industria del oro negro, recibieron seguridades muy concretas de que, cuando el 22 de noviembre, llegara a Austin, Kennedy se haría cargo del informe de Herring, que llegaría a sus manos confidencialmente. En el mismo, se decía que el programa en vigor llevaba en sí «una potencialidad para crear un escándalo... que quizá empujara a la industria del petróleo a un escándalo de Teapot Dome» y de cómo:

«... ahora parece imposible tener presentes ciertos aspectos del programa que parecen peculiarmente creadores de posibles escándalos políticos. Me refiero, por ejemplo, a la cantidad de extrañas e indefinidas bases sobre las que las compañías pueden solicitar los cupos de importación, a las variaciones y excepciones que existen dentro de estas complicadas normas y, en definitiva, a los arbitrarios y flexibles sistemas mediante los cuales las asignaciones para la importación de petróleo... que ascienden quizá a un millón de dólares diarios; son distribuidas por funcionarios federales a quienes, hasta el presente, no se ha invitado a dar cuenta de sus decisiones. Se han establecido unas normas, pero nada se ha hecho para modificar el hecho evidente de que muchas de estas asignaciones de cupos son "vendidas", violando la orden sobre importaciones. En realidad, las asignaciones son aparentemente adjudicadas sin discriminación a las distintas compañías, las cuales, luego, se dedican a efectuar un franco "cambio" de transacciones con los asignadores, quienes reciben subsidios».

En resumen: un escandaloso favoritismo. Tanto el informe como una carta de Herring jamás llegaron a las manos de Kennedy.

Sería absurdo pensar que Kennedy, que no se caracterizaba precisamente por tener las simpatías del Congreso, hubiera podido suprimir completamente el descuento por agotamiento de los pozos. Pero esta forma de distribuir las asignaciones era muy impopular entre muchos congresistas y no hubiera resultado increíble que llegase a recortarse la tasa hasta un 25 %. Una vez puesto en tela de juicio el descuento, nunca hubiera estado seguro como lo ha estado durante toda una generación. Vale la pena imaginarse lo que una reducción del 25 % sobre el descuento hubiera significado para las arcas de la Tesorería nacional. Supóngase, además, que Kennedy hubiera sido capaz de llevar a cabo algunos reajustes, aunque fueran menores, sobre aquellas tasas de descuento por agotamiento de los pozos petrolíferos, descuentos que, actualmente, permiten a las enormes compañías petrolíferas afincadas en este país, pero que operan también en el exterior, recuperar todo lo que se ven obligadas a pagar al fisco por los beneficios anuales que declaran anualmente. Supóngase también —y ésta sería la suposición más verosímil— que Kennedy hubiera llegado a decidir la adopción del sistema de subastas de los cupos, bajo el control directo de la Secretaría del Tesoro de los Estados Unidos. Esta era una posibilidad que se estaba considerando muy seriamente poco antes de caer asesinado. Colóquense todas estas suposiciones en línea y se verá que el Gobierno deja escapar, anualmente, varios billones de dólares.

Si se sintió algún alivio en los medios de las industrias petrolíferas a raíz del asesinato de Kennedy, no se sintió en vano. Cinco días después del crimen, el senador Herring escribió a Walter Jenkins, de la Casa Blanca: «Poderosas fuerzas están, indudablemente, intentando paralizar la ya de por sí tardía reorganización del sistema de control sobre las importaciones petrolíferas». Fuera o no debido a «fuerzas poderosas», la paralización es un hecho que todavía perdura.

Bajo el mandato del Presidente Johnson, la situación ha sufrido un progresivo empeoramiento. Alardeando de jugar limpio y de no meter las narices en aquellos asuntos, Johnson, que no hay que olvidar que procedía de un Estado productor de petróleo, dispuso que el programa de importaciones fuera traspasado íntegramente al secretario del Interior, Udall. De forma ostentosa, el American Petroleum Institute, principal representante de los intereses de la industria petrolífera, dio la bienvenida al cambio calificándolo de «totalmente lógico»; y *The Oil & Gas Journal*, órgano oficial de las compañías, publicó que «los portavoces de la industria petrolífera estaban prestos a expresar su aprobación al Presidente Johnson, por haber éste depositado la autoridad en manos de funcionarios del Gobierno que saben mucho sobre asuntos del petróleo».

A este grupo de preclaros funcionarios se añadió, al cabo de pocas semanas, otro. O mejor dicho: se intentó meterlo. El nombramiento de Joe T. Dickerson como responsable de la oficina que se ocupaba, dentro del Departamento del Interior, de los asuntos relativos al gas natural y al petróleo, fue presentado al Senado para su confirmación. No pudieron salirse con la suya

porque el Senado no se tomó la cosa en serio. La tarea de Dickerson hubiera sido, específicamente, «controlar» la industria del petróleo como una especie de polizone. Dickerson, antiguo presidente de la *Shell Oil Company*, continuaba recibiendo una pensión anual de la *Shell* que ascendía a 20.000 dólares anuales, a cambio de la estipulación escrita de que no haría nada que fuera en contra de los intereses de los contratantes de las importaciones. Había sido también subvencionado por la *Mid-Continent Oil and Gas Association*, entre cuyos miembros se encuentran la *Humble*, la *Gulf*, la *Phillips*, la *Shell*, la *Socony*, la *Standard* de Indiana, la *Texaco* y otras similares.

Este fue el primer intento que señalaba que Johnson estaba dispuesto a favorecer los intereses del mundo del petróleo, con el único obstáculo de una ruidosa protesta encabezada por el senador Proxmire, que definió la nueva situación como «es como poner a las zorras al cuidado de un gallinero». Las zorras, desgraciadamente, habían entrado en funciones. Udall no hace ninguna proposición sobre asuntos petrolíferos sin antes haber consultado con la Junta nacional del petróleo.

El subjetivo programa de importación de petróleo, sobre el que Kennedy quiso intentar algunos reajustes, bajo Johnson ha pasado a ser todavía más confuso de lo que es en sí mismo. Las restricciones sobre las importaciones del fuel residual han sido eliminadas casi por completo. Durante su primer año de mandato, se garantizó a la *Phillips Petroleum Company* la concesión para la construcción de una refinería en Puerto Rico, lo que suponía un incremento de 25.000 bidones sobre la cantidad que entra diariamente en el mercado norteamericano procedente del exterior, violando la norma legalizada en el programa original que estipulaba que las refinerías de Puerto Rico «solamente pueden ser ampliadas si los productos obtenidos son consumidos en la misma localidad o si son exportados a un país extranjero». Esto representó para la *Phillips* un inesperado golpe de suerte equivalente a 25.000 dólares diarios. Johnson dijo que la decisión sobre aquello estaba fuera de su jurisdicción. Pero el secretario Udall fue influenciado por Abe Fortas, uno de los consejeros más íntimos de Johnson en asuntos relacionados con Puerto Rico, en donde, al parecer, deseaban fervientemente que se estableciera la *Phillips*.

Bajo el gobierno de Johnson, la tendencia hacia el monopolio y la mixtificación no tiene freno. Cuando la *Pure Oil Company* y la *Union Oil Company* propusieron su fusión durante el primer año de Johnson como Presidente, el Departamento de Justicia concedió inmediatamente su aprobación, sin efectuar siquiera un somero estudio del caso, a pesar de que constituía una de las uniones de más envergadura entre sociedades anónimas entre las propuestas en los últimos tiempos, y que representaba la eliminación de un sólido competidor en el mercado del petróleo. Observadores más suspicaces afirmaron que la disolución de una empresa en otra, con la consiguiente desaparición de una de ellas del mercado competitivo, era motivo suficiente como para que el fiscal de Houston, J. A. Elkins —uno de los más poderosos aliados políticos de Johnson en su tierra natal y amigo del compinche de Johnson, Ed Clark—, abriera un expediente del caso.

* * *

Con ocasión de que un tribunal federal denegara, en San Francisco, la apertura de un pleito anti-trust presentado contra la *Standard Oil Company* de Indiana y la *Tidewater Oil Corporation*, el Departamento de Justicia prometió rápidamente llevar el caso al Tribunal Supremo para apelar. Mas a continuación, en un curioso cambio de actitud, anunció que, debido a las «particularidades» del caso —las cuales estaban detalladas—, la apelación no era posible. Este tipo de sucesos se da tan a menudo, que cualquier observador corre el riesgo de intuir algo siniestro al constatar la facilidad con que se entrega el Gobierno. Pero, realmente, no hay nada de siniestro. Las más poderosas com-

pañías petrolíferas han contado siempre, en todo instante, con la ayuda de Johnson. Ahora, como Presidente, puede hacerlo sin ninguna clase de impedimento. Incluso desempeñando el cargo de senador, trató —como veremos— aun cuando su juego quedaba en evidencia.

* * *

A lo largo de once de los últimos catorce años, Johnson ha sido el miembro más poderoso del Partido demócrata: Partido que se supone debe ser el más progresista y liberal. A pesar de ello, durante el tiempo de su liderazgo, la nación ha podido comprobar que él era el menos tolerante de sus adalides. Si no se puede culpar a Johnson de esta falta de control, tampoco se le puede otorgar el crédito suficiente como para absolverlo. Ha dejado en ridículo a honorables colaboradores suyos en asuntos públicos y ha contribuido a desarrollar con su respaldo lacras monstruosas. Votó en 1943 para proteger la vida del Comité de actividades antinorteamericanas. Votó gallardamente contra los diez intelectuales de Hollywood cuando, en 1947, se negaron a decir si eran comunistas. Afirmó y aplicó con machaconería que él no tenía nada que ver «ni con los extremistas del K. K. K. ni con los del A. D. A.», lo que constituye una actitud virtuosamente inigualada que encandiló a los blandos grupos de liberales institucionalizados. Posteriormente, los liberales eran calificados por él de «rojos recalcitrantes», «gentes a las que le sale el rojillo por los ojos» y «rojuelos».

Durante 1948, último año que permaneció como auxiliar en la Casa Blanca, durante el cual se preocupó casi exclusivamente de su paso al Senado, evitó premeditadamente el dar opiniones sobre los problemas que podrían haber puesto de manifiesto los intereses que representaba. Cuando la Casa Blanca votó la moción elaborada por el Senado que venía a introducir la discriminación en la admisión de emigrantes judíos y polacos, él se ausentó del debate. Cuando la Casa Blanca votó, por inconstitucional y temeraria, la ley Mundt-Nixon para combatir las actividades antinorteamericanas y subversivas, Johnson se hallaba también ausente. Cuando la Casa Blanca aprobó la ley Bulwinkle, que liberaría a las tarifas de los ferrocarriles de las leyes anti-trust, que ha constituido el objetivo máximo de los intereses de los ferrocarriles en los últimos tres años, y cuando la Casa Blanca votó la ley Walcott Housing, que comprendía medidas respecto a hipotecas y provisiones financieras que constituían una ganga para los jefes de la nación, pero que no procuraba una rebaja del coste de los alquileres ni la mejora en los barrios bajos, Johnson estuvo, una vez más, ausente.

Pero más tarde, tras cruzar el umbral del Senado, tuvimos la oportunidad de conocer a otro Johnson.

No fue él quien condujo a la mayoría del Senado (el cual al final recuperó su antiguo espíritu tras aquella época en que imperó el atropello a la justicia) contra McCarthy. Se había llegado a un extremo tal que el senador por Wisconsin era ya públicamente desacreditado y despreciado por la mayoría de los periódicos del país. Ello fue el indicio que marcó a Johnson que debía moverse. Sólo que lo hizo en una dirección equivocada. ¿Estaba acaso enfurecido porque McCarthy hubiera arruinado las carreras de los más decentes funcionarios del Gobierno y las vidas de los mejores intelectuales, desde un extremo al otro del litoral de la nación? No. Si ustedes leen alguna vez el breve informe que Johnson elaboró contra McCarthy, verán que para él «el verdadero problema —el único que mencionaba—... es si el Senado de los Estados Unidos, el órgano de debates más amplio de toda la Historia universal, debe permitir los abusos en la actuación de un Comité nombrado en su debido tiempo... Si pasáramos por alto estos abusos... también podríamos ceder nuestra tarea a un grupito y regresar nosotros a casa y ponernos a arar nuestros cuarenta acres de terreno en el Sur».

Todo esto minimiza la importancia de los hechos. De esta declaración se podría deducir que, quizá, el senador McCarthy hubiera usado un lenguaje poco correcto. Desde siempre hasta nuestros días, los senadores se han lanzado siempre improprios los unos a los otros, tales como «embustero», «hurón» y «apestosa caballa muerta». ¿Qué peores calificativos podría haber utilizado McCarthy con su Comité, para que Johnson se sintiera tan indignado? Calificó estas expresiones como «servidas en bandeja, inconscientemente, al comunismo». Los términos usados por aquel Comité, opinó Johnson con justificado acaloramiento, eran palabras «más apropiadas para ser inscritas en las paredes de un lavabo para caballeros». ¡Ojalá los lavabos públicos de nuestra nación fueran tan refinados como para ser vehículo de estos mensajes, en cierto sentido tan clásicos!

Del mismo modo como Johnson se indispuso con el gobernador de Texas, Allan Shivers, que lo hizo no por el racismo de Shivers o porque su Administración fuese de un sectarismo aplastante, sino porque «atacó mi persona y puso en duda mi patriotismo», del mismo modo, y por la misma razón, Johnson no estaba enojado con McCarthy por los perjuicios que había causado al país, sino porque había insultado a su Club.

En 1959, Johnson apoyó la conservación de la ley que obligaba a prestar juramento de fidelidad a los estudiantes que obtenían préstamos federales. En 1954, apoyó totalmente las propuestas de Eisenhower para forzar la disolución de las organizaciones que se considerase como «infiltradas por los comunistas». Fue en esos mismos años cuando se opuso tenazmente a la inclusión de Hawai y Alaska como Estados miembros de la Unión, utilizando los gastados argumentos que empleaban los representantes del Este, de que Hawai tenía un sindicato obrero unificado —unido con los representantes de la zona oriental del país lograron obtener cuatro votos más que los denominados obstructionistas—. El mismo año, cuando el Senado confirmó el nombramiento del protegido de Joe McCarthy, Robert E. Lee, para la F. C. C. (Comisión de Comunicaciones Federales), cuya experiencia en el campo de la radiodifusión era únicamente el haber servido como maestro de ceremonias en el *Facts Forum* de H. L. Hunt; Johnson, nuevamente, se hallaba ausente. Pero luego afirmó que habría favorecido la confirmación y hubiera votado a su favor de



Mrs. Johnson juega el papel de propagandista de su marido. Aquí aparece en Atlantic City después que Johnson fue elegido para ocupar la Casa Blanca.

EL PRESIDENTE ACCIDENTAL



Un pequeño incidente hizo a Johnson perder algunos puntos de simpatía en el país. Sucedió poco después de su elección: ante un fotógrafo, levantó por las orejas a un perro. Los periódicos dijeron que el animal saculaba de dolor. El presidente, sin embargo, ama mucho a los perros.



haber estado presente. Votó en favor de la ley antisubversiva de McCarran, la cual fue denunciada por la mayor parte de clérigos, trabajadores, intelectuales y liberales como un grave ataque frontal a los derechos civiles.

En resumen: el historial de Johnson está abarrotado de rasgos de este tipo que, según la opinión de algunas personas de Washington, acabarán por convertirnos en una sociedad relajada y conformista que desembocará en una peligrosa etapa de absolutismos e intolerancias. A algunos, olvidándose de épocas pasadas, les sorprendió que Johnson permitiera a su colaborador Marvin Watson cortar la carrera de Abba P. Schwartz para satisfacer los apetitos de la derecha nacional, o de que fuera él mismo quien diera la aprobación al sacrificio de Adam Yarmolinsky para aplacar a los reaccionarios del Sur. Realmente, todo ello encaja perfectamente en su norma ordinaria: aniquilar otras carreras que pudieran obstaculizar el desarrollo de la suya propia. Anteriormente a McCarthy, no hay duda de que Lyndon había ya eliminado obstáculos de su camino.

Esta vez se hizo, y es algo que no puede sorprendernos, para congraciarse con el clan de los combustibles. El episodio, actualmente, no es muy comentado en las esferas de Washington. La descripción del caso es difícil de estructurar: el comité implicado en el asunto dijo que no tenía información y que, por lo tanto, no podía darla. Ello nos parece comprensible. Sin duda, algunos de los altos políticos desearían que el paso del tiempo hubiera borrado las huellas que conducen retrospectivamente hacia el año 1949, y hacia el lugar y la forma en que Leland Olds fue, profesionalmente hablando, asesinado.

Leland Olds, fallecido ya, había nacido hacía sesenta y seis años en Rochester, Nueva York. Su padre, George Olds, fue durante casi cincuenta años un profesor de matemáticas muy apreciado, decano y presidente del Amherst College; Calvin Coolidge, Harlan Stone y Dwight Morrow estaban entre los muchos estudiantes que consideraban el hogar de Olds como el suyo propio.

Siendo estudiante en Amherst, donde se graduó magna cum laude en 1912, Leland Olds desarrolló una filosofía que hoy día es comúnmente tenida como un evangelio social. Después de dejar la escuela se inició en los trabajos sociales de la Iglesia y batalló duramente, hasta enfermar, con los unionistas sindicales que no tenían interés alguno por prestar ayuda a los obreros no cualificados; luego ingresó en la Union Theological Seminary (Seminario Teológico). Durante algún tiempo predicó en una pequeña iglesia congregacionista del barrio más miserable de Brooklyn. Desengañado por la falta de apoyo e indolencia de la Iglesia por los asuntos sociales, marchó a un colegio mayor en el que dio clases durante dos años. Al poco de entrar en liza el país en la II guerra mundial, fue llamado a Washington para colaborar en la organización de una política de guerra en el campo laboral que fuera adecuada a las circunstancias. Esto le permitió desarrollar sus prácticas y teorías y comenzar a crearse una prometedora carrera gubernamental —y al mismo tiempo, por lo visto posteriormente, a jugar con fuego—. En los años sucesivos redactó numerosos proyectos para Franklin Roosevelt y para los políticos progresistas de Nueva York. Pero actualmente es más recordado por el tiempo que empleó como redactor de la *Federal Press* entre 1922 y 1929 y por su período como comisionado de la autoridad federal desde 1939 a 1949. Los dorados veinte no fueron más que de estafío para muchos millones de norteamericanos. Sobre ello escribió Olds algunos artículos realmente agresivos que aparecieron en más de 100 periódicos y publicaciones diferentes. Eran aquellos tiempos en los que abundaban el comentarista radical y el intelectual crítico (Upton Sinclair y otros muchos); eran tiempos tristes en muchos aspectos: el paisaje económico se veía ensuciado con el trabajo de los niños, la ausencia de stocks y los sueldos enfermizos.

Las cosas que escribió Olds por aquel entonces, empero, eran ampliamente superadas en indignación por escritos de docenas de los mejores intelectuales de Norteamérica. Eran sentimientos que todavía son orgullosamente mantenidos por las masas dispersas del frustrado movimiento popular. Por ejemplo: a principios de 1927, escribió sobre la injusticia reinante en la distribución

de beneficios por parte de la U. S. Steel Corporation: «El presidente Coolidge, a través de sus intereses con la industria del acero, tiene derecho a unos 900 dólares sobre los beneficios de 1926. Un obrero no cualificado que trabaje en la fábrica del acero tendrá que trabajar más de 2.000 horas para llegar a ganar para su familia lo que Coolidge consigue sin dar un solo golpe».

En otra ocasión señaló: «Las operaciones más pequeñas son las supervivientes de un anterior orden industrial, el cual tenía como divisa la competencia entre los hombres de negocios independientes. Probablemente, éstos continuarán apareciendo en las estadísticas industriales, ya que se les permitirá subsistir para dar la impresión de que todavía persiste el antiguo orden. Pero el verdadero orden existente hoy en día es el del cartel que pertenece a un tipo totalmente diferente. Representa el desarrollo del capitalismo de Estado» —esta última advertencia anticipó ya lo que se está desarrollando hoy: la continua concentración del control corporativo en pocas manos—.

En otras ocasiones criticó la «decadencia» de la Iglesia, la cual, por aquella época, se limitaba a predicar «los principios de la clase explotadora»; denunció el «imperio del dólar» norteamericano —al que continuó denunciando hoy Fulbright, Clark, Morse y Gruening desde sus escaños senatoriales, empleando idéntica terminología—; ridiculizó la publicidad dada al donativo de un millón de dólares que hizo John D. Rockefeller al Metropolitan Museum of Art (Museo Metropolitano de Arte). Hizo resaltar que Rockefeller poseía cerca de medio billón de dólares en stocks, de los que recibía unos doce millones anuales en concepto de dividendos. «El hecho de dar no significa nada para estos príncipes que magnánimamente gobiernan la industria, subvencionan la educación y, generalmente, distribuyen sus dádivas reales para mayor gloria de Dios y admiración del populacho», escribía Olds. Y acababa: «Por mucho que den, ellos no pueden sentirse nunca perjudicados. Tienen demasiado. Además, nunca se sentirán tan generosos como para bajar de su trono de explotadores y sentirse como hombres corrientes».

Diez años después de que Olds dejara la *Federated Press*, el Presidente Roosevelt le otorgó un cargo en la *Federal Power Commission* (F.P.C. = Comisión de la Autoridad Federal). Cinco años más tarde se le volvió a señalar para el cargo y, en 1949, su nombre fue presentado al Senado para que fuera ratificado en el puesto. La primera vez que Roosevelt mandó el nombre de Olds al Congreso no se oyó ni una sola palabra en contra suya. La segunda ocasión, el subcomité recibió algunas quejas por parte de ciertos funcionarios conservadores del Gobierno, en el sentido de que Olds era demasiado arbitrario; a última hora, el senador Moore, por Oklahoma, trató de bloquear su confirmación en el puesto leyendo al Senado algunos escritos de Olds en sus años radicales, pero la mayoría de los senadores rechazaron la manobra de impugnación y Olds volvió a entrar en funciones sin más dificultades.

Ahora, en la tercera ocasión, era Johnson quien le estaba esperando agazapado. El era presidente del subcomité que controlaba las sesiones preliminares de confirmación de cargos. Condujo en el debate a la facción que se oponía a la confirmación. En las sesiones se presentaron gran cantidad de justificaciones por ambas partes. Se presentaron pruebas evidentes de que durante los años de permanencia de Olds al frente de la Comisión se habían reducido en más de un billón de dólares las reservas públicas de agua potable; que había permitido que los consumidores, globalmente, ahorraran más de un cuarto de billón de dólares tras haberse conseguido una reducción de las tarifas; basaba sus trabajos contando más con las cifras reales de dólares auténticamente invertidos que con las cifras ideales de las estadísticas que se revelaban en muchos sectores. Al entrar a formar parte de la Comisión, en 1939, notó la discriminación de contribución al desarrollo nacional de los distintos sectores económicos —cosa que algunos negaron— y ayudó a estabilizar la situación en plena guerra.

Había muchos funcionarios, especialmente los que trabajaban en departamentos relacionados con la electrificación rural y el cooperativismo, que alabaron excepcionalmente a Olds. James C. Bonbright, profesor comercial y financiero de la Universidad de Columbia y presidente de la *New York Power Authority* (Comité de Autoridad Federal en Nueva York) lo calificaba como «uno de los más distinguidos y sobresalientes hombres» en el terreno de la regulación de las utilidades públicas. Hubo otros que calificaron a Olds de tirano. Otros cuantos no cesaron, ni un instante, de llamarle comunista; se basaban en sus escritos de los años veinte. George S. Benson, del Harding College, era uno de los que lo afirmaban. Johnson era otro.

Cuando Olds declaró que su cruzada social había sido el resultado práctico de «profundas meditaciones sobre cuáles serían los efectos si la gente comprendía la necesidad de obrar de acuerdo con los principios del cristianismo en sus negocios cotidianos», Johnson le respondió con frío sarcasmo: «Mister Olds, si es de su interés, podríamos sacar fotocopias de sus escritos para que quede constancia de que lo que propugnaba era sólo una revolución religiosa...». Olds explicó la impresión que le causaron los sucesos de Pennsylvania en 1919, coincidiendo en una visita que efectuaba allí: con motivo de las huelgas del carbón se refugió con unos huelguistas perseguidos en una iglesia católica; al poco entró la policía y a caballo cargó brutalmente contra ellos, blandiendo sendas porras. Johnson continuó mofándose de él: «Puede usted presentar los escritos religiosos que desee, mister Olds».

Olds se mostraba de acuerdo en que sus escritos habían sido elaborados en un tono muy radical: «Estoy de acuerdo con ellos», dijo; pero también afirmó que nunca había aceptado las teorías de Karl Marx «porque creo en el camino de la armonía y en los valores del espíritu y detesto la ambición de poder en los asuntos humanos. Y lo mantengo todavía». Admitió que en un momento había propugnado la nacionalización de los ferrocarriles y el control sobre los beneficios privados, pero añadió que ya no mantenía tales posturas; había cambiado de opinión.

L. B. J.: La cuestión no es más que ésta: ¿Defiende usted públicamente la nacionalización de los ferrocarriles y el control de los beneficios privados y los recursos?

Olds: ¿Qué prefiere usted que le diga: lo que defiende en la actualidad o lo que apoyará más adelante?

L. B. J.: Quiero únicamente que me conteste sí o no a la pregunta.

Olds: Realmente, no.

L. B. J.: Está bien. Esto es lo que importa. (Hay que hacer constar que, posteriormente, Johnson dijo en el Senado que Olds no se había retractado de su postura.)

Durante los diez años que ejerció como redactor, Olds escribió aproximadamente 1.800 artículos. No tenía ninguna clase de relación con los suscriptores; cualquier periódico que pretendiera sus servicios podía lograrlos. Uno de ellos fue el *Daily Worker*.

L. B. J.: Como usted muy bien sabe, no es prerequisite necesario y exigido por el *Daily Worker* que un individuo sea miembro del Partido comunista para que sus artículos puedan ser publicados en sus páginas. ¿Es así?

Olds: Opino que no. Ciertamente no fui nunca miembro del Partido comunista ni estuve afiliado o asociado jamás a organización alguna que dependiese de un partido.

L. B. J. (Dando la sensación de no creérselo): No ponen ninguna condición que señale la prohibición de hablar de esto en público. ¿Es así o no?

Olds: No tengo ni idea de las condiciones que imponen. En rasgos generales, en ningún momento he quedado favorablemente impresionado por el tipo de periodismo que practica el *Daily Worker*.

No fue suficiente para Johnson que Olds admitiera el carácter radical de sus escritos, o que declarara públicamente que no había aceptado nunca la teoría marxista, o que en los últimos años hubiese abandonado su normativa de que el Gobierno debe ejercer un estricto control de las inversiones y beneficios privados, y sobre los recursos naturales. La idea de Johnson era conseguir una declaración más miserable.

L. B. J.: Mister Olds, ¿repudia usted aquellos escritos?

Olds: No, señor. No los repudio.

L. B. J.: ¿Los reitera? ¿Los confirma?

Olds: Voy a... decirle exactamente lo que esos escritos significan.

L. B. J.: Vamos a prestar atención sobre lo que significan. Nos gustará tener su punto de vista al respecto, pero la pregunta que deseo hacerle es ésta: ¿Piensa usted todavía igual que cuando escribió aquellos artículos?

Olds: No. Ya he indicado el cambio que se ha operado en la circunstancia del país y el cambio en mi modo de pensar, que ha sido siempre paralelo a tales circunstancias. Aquellos artículos respondían a una concreta situación del país. Ahora serían improcedentes.

(Posteriormente, en su escaño senatorial, Johnson intervino haciendo la siguiente observación: «Lo único que nos dijo fue que hoy opinaba de modo diferente».)

No habiendo podido, ni remotamente, probar la existencia de tendencias comunistas en Olds, Johnson —cuyos más íntimos amigos y partidarios de Texas votaron por Eisenhower en 1952 y en 1956, y algunos de ellos por Nixon en 1960) intentó demostrar que Olds era un traidor al Partido demócrata. «En 1924 —dijo Johnson—, Leland Olds dejó al Partido demócrata —si alguna vez perteneció a él— para votar por el senador Bob La Follette. En 1928, Leland Olds abandonó de nuevo el Partido demócrata —si es que en alguna ocasión perteneció a él— para votar por Herbert Hoover». (Un cambio casi sin precedentes para un radical, pero Olds había elogiado a Hoover «por tener una aguda visión de lo que debe ser la evolución capitalista, lo que está notoriamente ausente en la personalidad de Al Smith».)

¿Por qué extraño motivo se organizó todo este lío? ¿Por qué motivo se removían viejas cenizas? No era ningún secreto. En este asunto, la prensa nacional, casi todos los grandes periódicos, estaba contra Johnson. *The Milwaukee Journal* lo resumió diáfano: «Los combustibles y nada más que los combustibles están en el trasfondo del problema. Eso es lo que mueve en forma tan mezquina los ataques contra el nombramiento de Olds. El comunismo y todos los demás cargos que se le hacen son simplemente tácticas para manchar su nombre». *The Kansas City Star*, que no es precisamente un periódico de izquierdas, publicó: «La memoria humana y la gratitud son limitadas, pero hay unas pocas personas en esta zona que tienen especiales motivos para recordar a Leland Olds. Es el hombre fuerte de la F. P. C., que hace quince años inició la batalla para rebajar los precios de los combustibles en esta región y ganó. Ocorre ahora que Texas es uno de los Estados más ricos en la producción de combustibles y es el que conduce la lucha para socavar la autoridad de la F. P. C. Johnson, que se presentó en el Senado como liberal —según la versión tejana—, ha demostrado luminosamente estar al lado de las compañías...».

Olds se opuso a leyes tales como la Moore-Risley, que pretendía eliminar a los productores independientes de gas natural y el control de la F. P. C. Pretendía dejar fuera de control a las tres cuartas partes de la industria del combustible, lo que inmediatamente hubiera repercutido en una elevación de los precios hasta las nubes. Robert Kerr, de Oklahoma, que llegó al Senado

al mismo tiempo que Johnson, para ser su fuerte aliado en todo, presentó una ley al Senado sobre asuntos laborales a la que se opuso Olds. La falta más grande, a los ojos de las compañías de combustibles, que cometió Olds, no fue su sistemática oposición a las leyes que hubieran dejado a las compañías las manos libres, sino su insistencia en que el mercado industrial estuviera bajo el control de la F. P. C. La mayor parte del tiempo que estuvo en este organismo, Olds no trató de regular por su cuenta los precios a que se vendía el gas a las compañías propietarias de los oleoductos. Fue solamente a partir del caso planteado por la *Interstate Gas Company* contra el Poder federal en el Tribunal Supremo, en el que éste decidió que las ventas a las compañías intermediarias eran materia regulable por el Gobierno federal, cuando Olds se interesó por hacer respetar la ley.

Fue esto lo que motivó la precipitada moción de Johnson. En el momento que la demanda de confirmación en el cargo llegó al Senado se sabía ya que sería desechada. Algunos hablaron en su favor, Morse dijo que Olds «era un caso típico del desarrollo radical de un universitario que piensa como libe-



Claudia Taylor Johnson (lady Bird), la esposa del Presidente, junto a su marido. Aquí aparecen juntos, sonrientes, el día en que fue elegido vicepresidente.

ral». El senador republicano Langer dijo que había estudiado el historial de Olds y había encontrado que «es bueno. Es el historial de un hombre que ha sido honesto y que ha tenido que luchar en defensa de la gente corriente del país». El mismo Humphrey leyó muchos artículos favorables a Olds. Como colofón, fue Humphrey el que dijo: «No existe ni siquiera un ápice de evidencia de que hubiera sido comunista alguna vez. Se trata de un norteamericano de todo corazón... El sistema empresarial norteamericano de los años veinte debía ser criticado. Cualquiera que lo hubiera hecho debería ser hoy recompensado con una corona de diamantes. Si existe en el cielo algún lugar reservado para un político, el político que debería ocuparlo es el que tuvo el valor de alzarse condenando a los explotadores del trabajo de niños y adultos, a los explotadores que engañaban a las viudas y les hacían colocar su dinero en falsos negocios. Si mister Olds dijo en 1920 que no le agradaba la práctica de aquellos negocios corrompidos, que Dios le bendiga. Aquellos quienes deberían estar aquí esta noche para ser juzgados son aquellos que no levantaron ni un solo dedo en señal de protesta mientras se estaba robando a millones de personas... Todos ellos se preocupaban únicamente de hacerse confidencias para hacer pingües ganancias, ocultos por las esquinas para repartirse el botín. Si existe algún tipo de justicia divina, estos individuos irán al fuego, y Mr. Olds recibirá una corona».

Fue un discurso tormentoso, repleto de giros como «esa crucifixión que pretende realizar el Senado con Olds», «se está llevando el asunto por un terreno sucio», «hay una doble intención política», «esos grupos de presión».

Pero en 1949 el país ya había salido del peligro rojo; sin embargo, el valiente senador Johnson se ensañaba con un hombre que le resultaba sospechoso. Su actuación fue brutal cuando se llegaba ya al desenlace del debate. Johnson sabía que tenía los votos que necesitaba, y cuando sabe que lleva las de ganar no hay nadie capaz de actuar más vengativamente con sus oponentes que él. Mientras el caso es dudoso desecha el comprometerse demasiado, pero cuando sabe cierto que vence, no.

Comenzó a sacar conclusiones con respecto a Olds. Planteó las cosas a nivel de mito: El mito de Leland Olds, el caballero de resplandeciente armadura que libra feroces batallas contra los dragones del «privilegio especial», está com-

pensado por el mito del hombre humilde, indefenso, ingenuamente inmerso en los senderos de la vida política, exponiéndose al descubierto, con las manos vacías ante un siniestro complot político... Debo decir que espero que las votaciones de esta noche demuestren de una vez por todas que para que a un hombre le sea otorgado un alto cargo, debe hacer algo más que brincar para hacerse merecedor de la confirmación.

A continuación, Johnson acusó a Olds —en oposición a las pruebas evidenciales en el seno del Comité— de hacer circular «viles calumnias e insostenibles murmuraciones» sobre los miembros de la Comisión que no estaban de acuerdo con él. Y contra el argumento de que el patriotismo de Olds había sido constatado por el Senado en dos ocasiones anteriores, Johnson tenía su propia tesis: «Es una actitud muy inteligente la adoptada por los partidarios de Mr. Olds, al conseguir engañar a los miembros de este Senado con sucesos que nunca se dieron. ¿Va ahora Mr. Olds a proporcionarnos una muestra de su honestidad, solamente porque en dos ocasiones anteriores logró evadirse de que su historial fuese analizado, y porque las dos veces fue confirmado en su cargo? El Senado dio su visto bueno en el pasado a Henry Wallace para que fuera confirmado en su cargo. ¿Se le confirmará ahora? Mi opinión es que no».

El ímpetu de Johnson contra Olds se basaba ahora en insinuaciones de subversión. Johnson hizo notar «la extraña conducta» de Olds al llevar a la práctica la *Natural Gas Act* (Ley del gas natural), y sugirió que algunas de las actitudes que Olds había tomado para defender su posición indicaban «que debía de tener algo en la cabeza»; no obstante, «él se sentía incapaz de prever lo que Leland Olds sería capaz de hacer en el futuro si era confirmado nuevamente por el Senado».

A pesar de que todo esto sonaba ya a vejección, Johnson no se recató en proseguir machaconamente: «Olds es un... no, un comunista no. No pretendo asegurar que Mr. Olds sea un comunista; sin embargo, me parece que su actuación, las frases que usó en cierta época y las causas que expuso, se asemejan mucho a la línea actual del Partido comunista. No, no exactamente comunista, pero Leland Olds tenía algo en su mente cuando empezó a construir su imperio político por todo el país; algo bullía en su cerebro cuando empezó a ensuciar y manchar a todos aquellos que no estaban de acuerdo con él; tenía algo en su cerebro cuando trató de medir su poder con el del Senado, al redactar leyes de su propia cosecha; algo se escondía en su cerebro cuando trató de desvirtuar el claro contenido de la ley del gas natural y planeó un complot para llevar a cabo la confiscación y el control del sector privado». (Todo lo cual había repudiado Olds en las sesiones del subcomité investigador.)

El tigre empezó a jugar con su víctima. Se sentía contento de que no hubiera tenido que ser él personalmente el que denunciara los descabellados escritos de un «niño de cuarenta abriles». Johnson no dijo a ningún miembro del subcomité investigador, y mucho menos a su propia conciencia, que acusaba a Olds de ser realmente un traidor, pero todavía «existían muchos norteamericanos con puntos de vista liberales que expresaban sus ideas por todas partes y andaban vagando insensatamente —como hizo Leland Olds— dispuestos a viajar en el mismo vagón que aquellos que proponen soluciones marxistas... Hablaba desde la misma plataforma que Earl Browder» —la señora Roosevelt, haciendo un comentario sobre estas expresiones de Johnson, recordó que Robert Taft también había llegado a hablar desde la misma perspectiva de Browder en cierta ocasión—. El director de la *Federated Press*, en la cual trabajaba Leland Olds como redactor, era Carl Haessler, un notable teórico y estra-

EL PRESIDENTE ACCIDENTAL



tega en la organización de grupos progresistas que estuvo durante la I guerra mundial preso en Alcatraz, bajo la acusación de sedición.

«A propósito: fue enviado primeramente a Leavenworth, pero era tan peligroso que se le tuvo que recluir en Alcatraz. Cuando salió fue a reunirse con Leland Olds. Leland Olds sabía quiénes eran sus amigos y por qué luchaban». De este modo, Johnson promocionó a Olds de simple empleado y subyugado escritor a cabecilla de un grupo de sediciosos.

La cosa no duró mucho más. Poco antes de medianoche, el Senado votó apoyando la moción de Johnson, denegándole a Olds la confirmación para el próximo período. Este fue el final de la carrera de aquel vigoroso hombrecillo de gafas con montura metálica, que disfrutaba tocando el violoncelo, leyendo poesía y acompañando a boy-scouts y que había cometido la equivocación de escribir con indignación sobre lo que él llamaba «ese tipo de capitalismo que se permite golpear en la cabeza a los obreros que intentan organizarse para defender sus intereses».

A la mañana siguiente, cuando ya los votos habían decidido el destino de Olds, a primera hora de la mañana, el senador republicano Aiken, horrorizado todavía por la táctica empleada por Johnson, predijo que «los efectos de lo que se ha hecho aquí la noche pasada, tendrán amplia resonancia durante muchos años y acosarán a aquellos que han desempeñado el feo papel de fiscales; sus ecos perdurarán todavía más que lo que perduraron los del escándalo de Teapot Dome. Ciertos intereses privados de este país han destruido a un hombre que cumplió con su deber. Nunca había visto nada más sucio que esto».

Pero todavía hubo cosas más sucias. Al año siguiente, el senador McCarthy tomaría posesión de su cargo y se entregaría con tal pasión a la vorágine de su tarea, que haría olvidar lo que Johnson acababa de hacer. A partir del proceso de Olds, fue cuando los liberales comenzaron a perder su confianza en Johnson, pero a pesar de ello, le siguieron el juego, al igual que hicieron con McCarthy; lo mismo les ocurrió a los liberales de Texas, a quienes, por su lejanía, todo les parecía demasiado remoto sin darse cuenta de que estaban en el umbral de su propia era maccarthysta: el crimen cometido con Olds les llegó a parecer, en cierto sentido, algo tolerable. Tras ocho años de vivir bastante tranquilos, comenzó su aniquilación dirigida por él.

Parece algo inverosímil que el pueblo norteamericano no vea a Johnson tal como él se ve a sí mismo: todo corazón. ¿Cómo se puede llegar a dudar de él? ¿No llevaba siempre consigo, y la dejaba siempre en su despacho senatorial para una posible consulta rápida, una lista de las personalidades que consideraba sus amigos, y no era su lema eternamente recordado a todos: «Da apoyo espiritual al pueblo, y él te responderá con un afecto femenino»? Cuán a menudo había dicho, tanto ante grandes auditorios como en reuniones íntimas: «Mi papaito solía decirme: "Ten respeto por la gente y ellos te respetarán a ti"». Y cuántas veces había dirigido a sudorosas multitudes politizadas, en medio del vértigo de las campañas electorales, en términos de emocionada hermandad: «El lema de mi facultad en la High School de Johnson City, en 1920, era: "Da al mundo lo mejor de ti mismo y lo mejor del mundo será para ti"».

¿Y no había prometido en Nueva York, durante la campaña de 1960, que sería «más liberal que la propia Eleanor Roosevelt»? Cosa que seguramente debió dejar satisfechos a muchos por la humana profundidad que albergaba. Al término de una sesión del Senado de la que salió sumamente complacido, dijo: «Si muriera, estos corazones desangrados no podrían llevar a cabo sus programas porque les faltaría la ayuda de mi comité».

Sin embargo, la constatación del hecho de que existan personas que no vean a Johnson como el bonachón que él mismo cree ser, es cosa fácil de explicar si se tiene en cuenta que en el subconsciente de la nación, aunque solamente sea en forma somera, existe el recuerdo de algunos episodios que le sugieren que en Johnson, lo que a primera vista parece cosa de broma, acostumbra a resultar petróleo.

A principios del ejercicio 1955, Johnson aconsejó a sus colegas demócratas que se mantuvieran tranquilos, que no se agitasen y que no levantaran sus voces. Les dijo que el público estaba ya cansado de tantos titulares escandalosos, de tanta controversia y de tantas acciones de partisanos. A cambio no ofrecía programa alguno.

Al siguiente año, en la apertura legislativa del ejercicio de 1956, para sorpresa de todos —por estas fechas se le apodaba Lyin'Down Lyndon—, repentinamente, se prodigó aireando un laberíntico y abstracto «Programa de un corazón». Así es como él mismo lo bautizó. Lo relleno con una serie de apartados que no contenían nada nuevo; en efecto: todas sus cláusulas eran ya conocidas de sobra porque en ese año todavía estaba en vigor el programa de Eisenhower. Sin embargo, para Johnson, que se vanagloriaba de su templanza y comedimiento en presentar ideas, era un programa sumamente ambicioso que incluía la ampliación del radio de la seguridad social a las mujeres, una revisión de los impuestos para ayudar a los grupos que obtenían reducidos ingresos, todo un programa de ayuda a la investigación médica, un programa para la edificación

(Pasa a la página 56)



Johnson ante la estatua de la Libertad, en Nueva York, el día en que fue promulgada la nueva ley de inmigración, que suprimía las cuotas nacionales.



EL PRESIDENTE ACCIDENTAL

(Viene de la página 21)

de viviendas de coste reducido y un programa con una serie de medidas de alivio para las zonas más críticamente deprimidas. En total eran unos quince puntos. Prácticamente, todas estas ideas han estado vagando y dando trompicones en el Senado durante muchos años, pero todos se sintieron tan contentos de ver a Johnson emocionado que no se atrevieron a despreciarlo. Un apartado, el número 7, de la lista que Johnson distribuyó a los periodistas, estaba especialmente gastado: había sido propuesto en el Congreso cada año desde 1947 y cada año había sido rechazado.

La reglamentación federal se adaptaba cada año más a los intereses de sus queridas compañías de combustibles; si hemos de ser más precisos, se adaptaba al sector de esa industria más afecto a Johnson: las diez compañías gigantes que controlaban la producción de la mayor parte de los campos de Panhandle y Hugoton, de Kansas, Oklahoma y, especialmente, Texas, los cuales representaban una cuarta parte de las reservas naturales del país, en lo referente a gas natural. Si hubiera podido levantar un muro en el Congreso, entre aquella industria y la *Federal Power Commission* (Comisión del poder federal), entonces las grandes compañías hubieran podido elevar sus precios. Solamente un pequeño aumento, aunque fuera muy reducido, pero que fuera seguro, ayudaría en algo. Por ejemplo: aumento de sólo cinco centavos por cada 1.000 pies cúbicos representaría unos 300 millones de dólares —dólares de los consumidores, claro— para la *Phillips Petroleum Company*, aparte del impuesto sobre las reservas.

El año anterior a la liquidación de Leland Olds, Johnson presentó una ley al Senado para eximir a la industria de los combustibles de la reglamentación vigente. Su argumento, el más válido que encontró, lo constituía el hecho de que el *National Military Establishment* (Institución militar nacional) tenía interés en que se aprobara la ley. El Senado la aprobó por 44 votos contra 38. El mismo Sam Rayburn fue a la Casa Blanca para influir con éxito en el acto de refrendar aquella ley. Solamente el veto de Truman salvó al consumidor.

En 1954, Johnson vio claramente que debía hacerse algo en pro de aquellos que le respaldaban, ya que fue en aquel mismo año en el que el Tribunal Supremo, según palabras del propio Johnson, «había hecho algo escandaloso». Había fallado en contra de la *Phillips Petroleum Company* e indirectamente había restaurado el prestigio de Leland Olds, ya que no solamente confirmó la regulación de precios en la industria del gas natural, sino que proclamó como lícito el control de la producción de los pozos.

El caso, para él de relativa importancia, puesto que la decisión ahorrraba a los consumidores estadounidenses un mínimo de 25 millones de dólares anuales, se presentó ya en 1948, cuando Olds trabajaba para la Comisión del poder federal. El problema consistió en averiguar hasta qué punto estaba sometido al control regulador de la F. P. C. el paso de combustible por los oleoductos. Los suministradores de gas, como la *Phillips*, canalizan el producto en bruto desde la planta de obtención hasta la planta de refinación, en donde se eliminan las impurezas; después de esto, el gas se hace fluir por un oleoducto interestatal. En aquel momento, la situación podría resumirse de la siguiente manera: ¿La F. P. C. debía únicamente controlar el combustible que circulaba por los oleoductos interestatales, o debía ir más allá: hasta la planta de refinamiento e incluso hasta el mismo punto de origen? Al ser apoyada la licitud de la inspección de la Comisión hasta la misma extracción en bruto del producto, por el máximo Tribunal del Estado, la *Phillips* apeló al Tribunal Supremo del país.

En 1954, el Tribunal Supremo confirmó la decisión del Tribunal estatal. Johnson se dirigió al Senado denunciando agresivamente al Tribunal Supremo y les hizo a sus colegas la siguiente observación: «Debemos considerar a fondo este asunto y llevar a cabo los trabajos necesarios para asegurarnos de que las leyes se redactan en el Congreso y no en el Tribunal Supremo».

De este modo, en 1956 volvió a la carga y realizó su «trabajo necesario». En el punto 7 de su comprensivo «Programa de un corazón» camuflaba lo que sigue: «... y la elaboración de una ley sobre el gas natural que proteja a la libre empresa y ofrezca también, naturalmente, legítima protección a los consumidores». Tal como estaba redactado este punto, no había nadie que pudiera mostrarse en desacuerdo. Sin embargo, bajo la aparente bondad de sus intenciones se escondía la ansiedad por liquidar el control federal sobre la industria del gas natural.

Solamente un apartado del «Programa de un corazón» fue aprobado en aquella sesión; fue también el único que se presentó por parte de Johnson. Desplazó el apartado del gas natural al primer lugar de la lista en el turno de discusiones senatoriales y, por lo que parece, gestó en él todas sus energías. Johnson hubiera podido llamar a su programa, para ser más exacto, «Apartado 7 de un corazón».

Había algunos senadores y críticos exteriores que velan el apartado 7 con una luz distinta. Este sella en defensa de «un justo precio de mercado» sin implicar un criterio de justicia más amplio. Las valoraciones de la ganancia que suponía para las compañías explotadoras del gas natural la puesta en vigor de aquella ley, oscilaban entre 1 y 12 billones de dólares. A esta vaguedad que implicaba tan amplia especulación —1 a 12 billones— contribuían las mismas compañías con sus abstracciones. Cuando el senador Douglas trató de

obtener una cifra más concreta de los gastos y beneficios de las grandes compañías, éstas le contestaron que no les era posible efectuar tales cálculos.

Pero existían otras formas de apreciar el valor que la ley tenía para la industria de los combustibles en general. El senador Alben Barkley dijo que nunca había visto a tantos magnates reunidos en Washington y que todos ellos hablaban con acento de Texas o de Oklahoma. El senador Hennings, de Missouri, explicó que había sido «advertido por varios de los astutos y documentados observadores de la escena política del país, que el poder de las grandes compañías petrolíferas era utilizado actualmente para ejercer presión sobre las decisiones gubernamentales, y se estaba llevando a cabo mediante la colaboración de individuos de los dos partidos en diversos sectores de los Estados Unidos, lo que constituía una seria amenaza para el libre funcionamiento del poder». El senador Mansfield anunció: «He recibido una comunicación de uno de los hombres del petróleo más ricos del país, para que vote en favor de la ley», y añadió que ello constituía solamente una parte insignificante de los esfuerzos que estaban realizando para conseguir la aprobación de la ley.

Johnson, que era, no sin razón, célebre por su frialdad en sus actuaciones senatoriales, no quiso opinar sobre estos argumentos. Dirigiéndose a dos periodistas de Texas en tono cariñoso, haciendo el ademán de sacar un imaginario revólver, les contestó a la pregunta de si eran verdad los rumores que circulaban: «Voy a matarlos. Todo se reduce a una cuestión de simples apariencias. Cuando llega aquí cualquier ley sobre el gas o el petróleo, todos afirman siempre que es tendenciosa, al igual que los que al ver a una chica paseando sola por la calle a partir de las doce de la noche, creen que ya ofrece posibilidades. Pero yo no soy de los que piensan así. Yo no acuso a una chica hasta que la veo hacer algo más que pasear».

El 3 de febrero, el senador Francis Case, de Dakota del Sur, se levantó, intentó aclarar su voz media docena de veces carraspeando fuertemente, y dijo: «Me he levantado para hacer una intervención difícil... Hace aproximadamente una semana, hallándome firmando la correspondencia del día, al tiempo que conversaba con un par de visitantes que estaban en mi despacho, recibí una llamada interrurbana... La voz del que se hallaba al otro extremo de la línea era la voz de un amigo mío de una ciudad de Dakota del Sur. Me explicó que un visitante le había dejado un sobre para mí: un donativo para mi próxima campaña electoral. Mi amigo, que por indicación mía abrió el sobre, dijo que contenía veintinueve billetes de cien dólares en efectivo. Y añadió: ¿Qué hago? Es el mayor donativo que he recibido para una campaña electoral mía. Quedé sorprendido».

Todo el mundo en Washington quedó igualmente sorprendido. Cuando se descubrió que el dinero procedía de Mr. Keck, director general



Lyndon B. Johnson al comienzo de su carrera política. Acababa de abandonar Texas y había llegado a Washington. Sus amigos petroleros lo sostenían.

de la Superior Oil Company —Mr. Keck era muy generoso con los políticos; anteriormente había entregado 2.000 dólares a Joe McCarthy, a Eisenhower le dio 5.000 dólares aquel mismo año, e iba a dar 200.000 dólares a Johnson cuatro años más tarde—, que se había valido de dos de sus apoderados para asegurarse de que el regalo llegaría a manos de Case, algunos creyeron que la descarada intriga desconcertaría a Johnson. Pero no fue así.

«Yo, por mi parte —dijo friamente a sus colegas—, no siento la necesidad de probar mi integridad votando contra esta ley... El ansia de alcanzar popularidad para llegar a querer que su imagen sea grabada en las monedas del reino, puede conducir al hombre por los senderos de la tentación». Fue calurosamente aplaudido por la mayoría como premio a su lógica; tres días más tarde, después de que algunos de los senadores con el sentido de la crítica más desarrollado calificasen el debate de indecoroso y precipitado, Johnson llevó a cabo una actividad febril para tramitar la aprobación de la ley. Varios senadores preguntaron a Johnson si no le importaría retrasar la votación definitiva hasta que se realizara una investigación que determinara si habían sido ilícitos los esfuerzos tan exitosos llevados a cabo por ciertas personas para conseguir que la ley fuera aprobada. Johnson, que no se sentía seguro, contestó que no quería aguardar a una investigación inmediata, pero que como llevaba la blanca de la reputación senatorial en el corazón, soportaría una investigación que podría abrirse más adelante. No era necesaria una investigación a fondo; no lo era según él. «Una investigación de los detalles más importantes no es una excavación». Era preferible una investigación superficial.

Como fuera que los informadores continuaban importunándole acerca de su mala predisposición para llevar a cabo una investigación completa, Johnson acabó por sentirse tan iracundo que en una conferencia de prensa respondió: «Creo que deberíamos investigar mejor la moralidad de algunos individuos de Dakota del Sur para procurar curársela».

Especialmente en el Este, Johnson fue duramente criticado, y él respondió a su vez duramente, negando que hubiera tratado de ejercer influencia sobre los miembros del Senado o sobre el Presidente, pero fue algo sincero cuando reconoció que «me doy cuenta de que mi Estado tenía sumo interés en la aprobación...». Allí existe la Humble Oil Company, la mayor de las compañías petrolíferas de Texas, competidora de la Phillips en el suministro de gas natural al país. Pero existe también la Brown & Root, la más antigua constituyente de los intereses que respaldan las campañas de Johnson y que controla la Texas Eastern Pipeline y la Texas Eastern Production, ambas productoras de gas y petróleo.

Johnson había hecho mucho por la Brown & Root. El 14 de enero de 1944, en compañía de Alvin Wirtz, apoderado de la Brown & Root y benefactor particular en los inicios de su carrera, acompañó a Johnson a ver al Presidente Roosevelt, consiguiendo detener la investigación que estaba llevándose a cabo en la compañía por parte del Internal Revenue Service (Servicio interno de control de rentas públicas). Esta especie de mano milagrosa fue ofrecida por Johnson a sus patrocinadores en tantas ocasiones, que acabó convirtiéndose en una actitud normal. Pero se equivocó cuando se le escapó ante la prensa que John Connally, su más íntimo aliado político de Texas, era miembro de un comité coordinador que funcionaba en el General Gas Committee (Comité general del gas), que recibía regularmente un total de 1,5 millones de dólares para pagar a sus colaboradores.

Después de tantos esfuerzos tuvo la amarga sensación de que no había sido bien tratado por Eisenhower cuando éste aflojó sus relaciones con él. Con ello, Ike quizá quiso crearle la sensación de que el donativo de 5.000 dólares que le hizo Keck estaba muy por debajo de lo que hubiera tenido que ser. El caso es que vetó la ley.

La fugaz investigación se llevó a cabo en el Senado; frases muy sutiles y momentos de suspense siguieron a la aparición de los componentes del grupo que estaba implicado en ella. Ahora, lanzado al contraataque, Johnson anunció: «Vamos a disfrutar de un fuerte programa de trabajo en esta sesión». Acto seguido nombró a un comité especial para que investigara las actividades políticas, las actividades parlamentarias y los donativos para las campañas electorales.

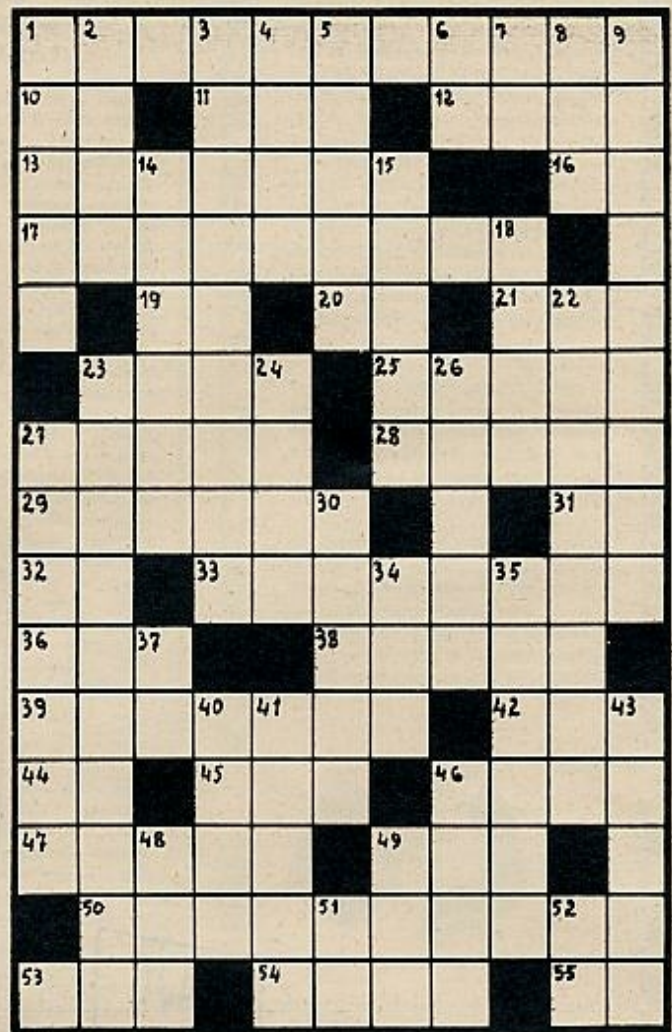
Inmediatamente, Johnson usó de toda su influencia para oponerse a cualquier legislación que incluyera una investigación sobre el origen de las contribuciones para financiar las campañas electorales en las elecciones primarias —único tipo de elecciones que tenía real importancia en la Texas de aquel entonces; la Texas del partido único—. Cuando el comité elaboró una reforma sobre el asunto, éste no llegó jamás a cruzar el umbral del Congreso. De este modo terminó para Johnson, en forma muy satisfactoria si consideramos la peligrosidad potencial que encerraba un episodio al que, por aquel entonces, James Reston vio como «el que más aprensión ha causado al Senado de entre todos los que han surgido desde la colina capitolina en los últimos años». Reston anotó que Johnson había trabajado febrilmente, junto con el líder de la minoría, William Knowland, de California, Estado también productor de gas natural, para «bloquear la investigación, reducirla en caso de emergencia, e independizarla del control del subcomité de elecciones del Senado».

A pesar de haber ganado el primer round y de haber perdido los segundo y tercero, Johnson pudo presentarse a las elecciones de 1956, a pesar de la aniquilación del «Apartado 7 de un corazón», como un candidato no del todo malo, si teníamos en cuenta las circunstancias. Resumiendo: fue a través de hechos episódicos como el descrito y no por su apoyo a programas de mejora nacional, como Johnson obtuvo su reputación senatorial.

© EDICIO DE MATERIALS 1968. PROHIBIDA LA REPRODUCCION

**PROXIMO CAPITULO:
LYNDON ÜBER ALLES**

CRUCIGRAMA N.º 296, por ALCON



HORIZONTALES.—1: El que conoce en toda su extensión la ciencia del derecho. 10: Desinencia verbal. 11: Perdí el equilibrio. 12: Aguardiente que hacen los tártaros con leche agria de yegua. 13: Villa de la provincia de Guadalejara, e orillas del Tajo. 16: Números romanos. 17: Anímale. 19: Desinencia verbal. 20: Invertido, negación familiar. 21: Lucha. 23: Redil, aprisco. 25: Rézale. 27: Número. 28: Bogueñ. 29: Resurrección. 31: Consonantes iguales. 32: Conjunción latina. 33: Sujeteré con aros pequeños. 36: Ayuntamiento de la provincia de Pontevedra. 38: Moneda antigua de vellón que valía la sexta parte de un dinero. 39: Ardientes, abrasadores. 42: Chiflada. 44: Medida itineraria usada en China. 45: Escucháis. 46: Nitrógeno. 47: En los desiertos arenales. 49: Ciudad del Brasil, en el Estado de Minas Geraes. 50: En diminutivo, cierta prominencia facial. 53: Cierta planta comestible. 54: Capital coreana. 55: Naípe.

VERTICALES.—1: Nunca. 2: Río de Rusia, tributario del mar Caspio. 3: Enfermedad hepática. 4: Grasa de la sardina. 5: Grupo en mármol, de Miguel Angel (Descendimiento de la Cruz), existente en la basílica de San Pedro, en Roma. 6: Dios egipcio. 7: Cierto verbo. 8: Semejante. 9: Punto cardinal. 14: Nombre de mujer. 15: Carlos Federico..., general portugués que se apoderó de Montevideo en 1817 y gobernó toda la banda oriental hasta 1828. 18: El mayor de los cinco hijos de Sem. 22: Falto de cultura. 23: Filipense. 24: Provincia es-

pañola. 26: Para trazar líneas rectas. 27: Que tiembla. 30: Ciudad de Francia, capital del departamento del Gard. 34: Forma del pronombre. 35: Tierra sembrada de ajos. 37: Conozco. 40: En francés, cierto color. 41: Enfermedad. 43: Indígenas de Filipinas que viven en la cumbre de las montañas. 46: Persona vagabunda. 48: En sentido figurado, agudeza, donaire. 49: Vocales iguales. 51: La sexta consonante. 52: Artículo.

(La solución en el próximo número)

SOLUCION AL NUMERO 295

